

MEMORIAS LIBERTINAS DE LA BELLA ENCARNA

¿Degeneramos porque envejecemos? ¿Envejecemos porque degeneramos? ¿Envejecemos? ¿Degeneramos? El espejo me devuelve los inmortales pellejos de mi cuerpo y, sin embargo, no puedo ocultar el fulgor de unos ojos que fueron los rayos X de la Europa anterior al diluvio, del mundo anterior al diluvio. Pero mi mágica historia no se inicia sobre las esmeraldas de mis ojos. Fue bien distinta la perspectiva que yo ofrecía tirada sobre el embaldosado del zaguán de la Banca Arnús, el salfumán a mi derecha, el cepillo de cerdas a mi izquierda y por delante la inmensidad brillante del suelo que yo iba rescatando a la mugre y a las colillas de puro Huppman. Limpia como los chorros del oro, honrada como Santa Genoveva de Brabante, cantarina como una esquila de dragón adolescente, a mis dieciséis años yo me comía la suciedad de los mejores zaguanes de los mejores Bancos de entonces, sin más instrumento que una bayeta y un rítmico braceo llamado a mejores futuros.

Y fue en esta posición cuando me vio por primera vez Winston. Pasaba una corta temporada en España, de riguroso incógnito, convaleciente de las heridas contraídas en la guerra de los boers. Aquella mañana entró en la Banca Arnús para recoger una transferencia bancaria desde Londres y me vio por la espalda, agitada en desigual lucha contra el suelo; en los labios, una canción sobre Pedro Romero. Churchill preguntó al deán de Canterbury que le acompañaba:

—¿Quién es esa valquiria?

Súbitamente se oyeron violines premonitorios y la bien timbrada voz del deán se ahuecó bajo el peso de la ternura gregoriana.

—La llaman la Bella Encarna. No tiene madre. Su padre es cochero, bebedor y pendenciero.

Churchill dio una vuelta a mi alrededor. Con la punta de su «cannottier» me alzó la barbilla y sentí sobre mi rostro un cenital rayo de sol oportunísimo.

—¡Mon Dieu!

Exclamó Churchill, evidentemente equivocando el personaje. El deán le recordó que era Winston Churchill y no Clemenceau. Churchill reprimió la cólera que le producían las rectificaciones y trasladó la punta de su «cannottier» sobre los rojos redondeles que la salud y el trabajo ponían sobre mis mejillas nacarinas.

—¡Muñeca sensual!

Gritó más que habló Winston, al borde de la rumba. Pero ya teníamos sobre nosotros los más cáusticos pares de ojos de la sociedad y Winston reservó su entusiasmo para mejor ocasión. Aquella misma noche me ponía un piso en Pamplona. Un lugar discreto —decía—, a medio camino entre Londres y el Infinito.

(I)



Conviví con Winston cuarenta y ocho horas en dos años. Venía en dirigible desde Londres y éramos inmensamente felices durante unas horas. Tuvimos tres niños preciosos, que se murieron a las pocas horas de haber nacido. Vistos y no vistos, nos dejaron esa agri dulce melancolía de lo que pudo haber sido y no fue. Winston siempre que venía miraba debajo de la cama y dentro de los armarios. Tenía la manía de que le engañaba con un pelotari. ¡Entonces una no estaba iniciada en las delicias del equívoco! Yo amaba a Churchill como se ama el primer amor: total, radicalmente. Pero una tarde paseaba yo por la Plaza Mayor de Pamplona, cuando escuché este cantar en la boca de un cantante ciego:

**En Londres es primavera
y todo el mundo espera
de Churchill el matrimonio
con chica de patrimonio.**

Caí desmayada a los pies de un guardia civil de gala. Los mozos navarros se daban codazos y comentaban:

—Por fin se ha enterao la paloma.

Aprendí a escribir en un curso de alfabetización intensiva para poder redactar con estas manos una carta dolorida y serena:

«Querido Winston:

Espero que al recibo de estas líneas estés bien de salud, yo bien a Dios gracias. No vuelvas a mi vida. Otros sabrán apreciar lo que uno que yo me sé ni ha oído, y no lo digo por señalar a nadie. Me quedo las joyas y espero de tu hidalguía que me abras una cuenta corriente en el Lloyds de Londres.

Me siento triste, pero libre, ¡libre!, ¡libre! Tú no eres trigo limpio, Winston. Darás muchos disgustos en esta vida a todos los que te quieran. Eres gordo y egoísta.

La que fue tuya,

ENCARNA».

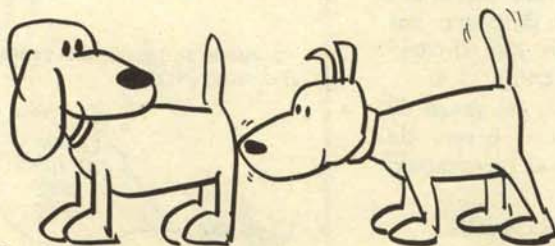
«El Pensamiento Navarro» dedicó una glosa a mi carta. El señor Vázquez Mella escribió:

«Un corazón leonado, hispano, escarpado y bravo, altivo y de rojo chorizo, blasonado por las venas más impulsivas... late bajo el corpiño de esa pelandusca».

No quise leer más. Tomé el expreso de Irún, vía París. Yo no sabía quién era la misteriosa dama vestida de crespón verde botella que me miraba de soslayo desde el asiento de enfrente. Intimamos antes de llegar a Irún. Antes de llegar a París ya era su señorita de compañía. Se llamaba Mata-Hari.

(Continuará)

¡NO TE PONGAS PESADO
BOBY! ¡QUE NO ESTAMOS
EN EL EXTRANJERO!



SUMERS

SUMERS



ULTIMAMENTE
TE ENCUENTRO
MUY
DESMEJORADO.



SUMERS